

Máscaras de muerte

Jim Butcher

Traducción:
Rebeca Rueda Salaices



Libros publicados de Jim Butcher

LA SAGA DE DRESDEN

1. Tormenta
2. Luna llena
3. La tumba
4. El caballero
5. Máscaras de muerte

Próximamente:

6. *Blood Rites*

Título original: *Death Masks*
Primera edición

© Jim Butcher, 2003

Ilustración de cubierta: Chris McGrath

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-80-9800-551-6 Depósito Legal: B-623-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.
Energía,11-27
08850 Gavà (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 3

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

En recuerdo de Plumicon y Ersha, héroes caídos

Hay cosas que no se pueden mezclar: el agua y el aceite, el zumo de naranja y la pasta de dientes...

Los magos y la televisión.

Los focos me cegaban y, debido al calor, me corrían por la cara regueros de sudor que amenazaban con formar surcos en la gruesa capa de maquillaje con la que minutos antes me habían embadurnado a toda prisa. Las luces que hay encima de las cámaras comenzaron a lucir de forma intermitente, sonaron los primeros compases de la sintonía del programa y el público del estudio se lanzó a corear: «Laaarry, Laarryy, Laarryy».

Larry Fowler, un hombre bajo, vestido con un traje immaculado, salió de unas puertas situadas en la parte de atrás del estudio y caminó hacia el escenario, deslumbrando con su sonrisa de porcelana y estrechando, según avanzaba, las manos de una docena de personas sentadas en la parte exterior de las gradas. Mientras tanto, el público silbaba y chillaba. El ruido hizo que me estremeciera en mi asiento del escenario y sentí como una gota de sudor resbalaba por mis costillas, oculta bajo la chaqueta y la camisa blanca. Por un momento pensé en huir de allí despavorido.

No es que tenga pánico escénico ni nada de eso, no. Es que hacía mucho calor allí arriba. Me humedecí los labios y busqué con la mirada todas las salidas de emergencia, por si acaso. Uno nunca sabe cuándo tendrá que salir por piernas. Con las luces y el ruido me resultaba difícil mantener la concentración y sentí que el hechizo que había tejido a mi alrededor se tambaleaba. Cerré los ojos durante un segundo hasta estabilizarlo.

En la silla de al lado se sentaba un hombre rechoncho y medio calvo de cuarenta y muchos años, vestido con un traje que parecía mucho mejor que el mío. Mortimer Lindquist esperaba pacientemente con una educada sonrisa en los labios. De repente murmuró entre dientes:

—¿Te encuentras bien?

—He estado en incendios más agradables que esto.

—Fuiste tú quien pidió esta reunión, no yo —dijo Mortimer. Frunció el ceño mientras Fowler se entretenía algo más de la cuenta estrechando la mano de una mujer joven—. Mira cómo se tira el pisto.

—¿Crees que esto durará mucho? —le pregunté a Morty.

Él miró de reojo el asiento vacío que había a su lado y luego el que había junto a mí.

—Dos invitados sorpresa. Puede que sí dure. Suelen grabar material extra, luego lo editan y emiten solo lo mejor.

Suspiré. Salí en *El programa de Larry Fowler* nada más comenzar a trabajar como detective y fue un error. Tuve que esforzarme mucho para compensar la ola de infamia que cayó sobre mí por dejar que me asociaran con el programa.

—¿Qué has averiguado? —pregunté.

Mort me lanzó una mirada rápida y nerviosa, luego dijo:

—No mucho.

—Venga, Mort.

Abrió la boca para contestar, pero en ese momento alzó la vista hacia Larry Fowler que subía las escaleras del escenario al trote.

—Ahora no. Espera a los anuncios.

Larry Fowler salvó el último escalón de un salto, estrechó mi mano y luego la de Morty con el mismo exagerado entusiasmo.

—Bienvenidos al programa —dijo al micrófono que sostenía en una mano. Después se volvió a la cámara más cercana—. El tema de hoy es: «Magia y brujería, ¿fraude o fábula?». Para darnos su opinión hemos invitado al médium y consejero en temas paranormales, Mortimer Lindquist.

El público aplaudió con educación.

—Y a su lado, Harry Dresden, el único mago profesional de Chicago.

Esta vez junto con los aplausos también se escucharon unas risillas burlescas. No puedo decir que me sorprendiera. La gente ya no cree en lo sobrenatural. Lo sobrenatural da miedo. Es mucho más cómodo instalarse en la convicción de que nadie puede utilizar la magia para matarte, que los vampiros solo existen en las películas y los demonios son meros trastornos psicológicos.

Totalmente incorrecto, pero mucho más reconfortante.

A pesar del tibio rechazo, me sonrojé. Detesto que la gente se ría de mí. Una vieja y silenciosa amargura se mezcló con los nervios que ya sentía y tuve que esforzarme para mantener el hechizo de contención.

Sí. He dicho hechizo. Porque soy un mago de verdad. Hago magia. Me las he visto con vampiros, demonios y demás, y tengo cicatrices que lo demues-

tran. El problema es que la tecnología no parece llevarse muy bien con la magia. A mi alrededor los ordenadores se estropean, las bombillas se funden y las alarmas de los coches empiezan a emitir su ronco sonido sin razón aparente. Por eso creé el hechizo de contención, para ocultar la magia que hay en mí, al menos de forma temporal, y evitar así que todas las luces y las cámaras del estudio explotaran, y que saltaran las alarmas contra incendios.

Se trata de un hechizo bastante delicado y extremadamente difícil de mantener en su sitio. De momento iba bien, pero entonces reparé en que el cámara más cercano hacía un gesto extraño y se quitaba los auriculares. Un lastimero pitido metálico de acople escapó de sus cascos.

Cerré los ojos y dejé a un lado mi incomodidad y vergüenza para centrarme en el conjuro. El pitido cesó.

—Muy bien —dijo Larry tras medio minuto de comentarios intrascendentes—. Morty, has venido a este programa en varias ocasiones. Por favor, cuéntanos un poco a qué te dedicas.

Mortimer abrió mucho los ojos y susurró.

—Veo muertos.

El público rió.

—No, en serio. Dirijo sesiones de espiritismo, Larry —dijo Mortimer—. Hago lo que puedo para ayudar a aquellos que han perdido a un ser querido o que necesitan contactar con alguien para solucionar asuntos que esa persona dejó sin resolver aquí, en la Tierra. Además tengo un servicio de predicciones que ayuda a mis clientes a tomar decisiones acerca de sucesos inminentes. También los intento prevenir de posibles peligros.

—¿Ah sí? —dijo Larry—. ¿Nos puedes hacer una demostración?

Mortimer cerró los ojos y apoyó los dedos de la mano derecha en el entrecejo. Después, con voz hueca dijo:

—Los espíritus me dicen... que pronto llegarán dos invitados más.

El público rió y Mortimer asintió con gesto cómplice. Sabía ganarse a la gente.

Larry sonrió a Mortimer con benevolencia.

—¿Y por qué estás aquí hoy?

—Larry, quiero que la gente conozca mejor el mundo de los médiums y los fenómenos paranormales. Según un reciente sondeo, casi el ochenta por ciento de los estadounidenses adultos cree en la existencia de espíritus y fantasmas. Mi objetivo es ayudar a que todo el mundo comprenda que están ahí, y que hay personas que han tenido extraños e inexplicables encuentros con ellos.

—Gracias, Morty. Y Harry... ¿te puedo llamar Harry?

—Claro, no te cortes —respondí.

La sonrisa de Larry pareció vacilar.

—¿Nos puedes contar a grandes rasgos a qué te dedicas?

—Soy mago —contesté—. Encuentro objetos perdidos, investigo sucesos paranormales y ayudo a aquellas personas que recientemente han desarrollado algún poder extraño, para que aprendan a vivir con él.

—¿No es cierto que también colaboras con el Grupo de Investigaciones Especiales de la policía de Chicago?

—De vez en cuando —contesté. No quería hablar de aquello a menos que fuera imprescindible. Lo último que necesitaba el Grupo de Investigaciones Especiales era que lo asociaran con *El programa de Larry Fowler*—. Muchos departamentos de policía acuden a nosotros cuando todo lo demás falla.

—¿Y por qué estás aquí hoy?

—Porque estoy sin blanca y tu productor me paga el doble de mi tarifa.

El público volvió a reír, esta vez con mayor cordialidad. Los ojos de Larry Fowler me miraron con impaciencia tras sus gafas y su sonrisa se convirtió en un rechinar de dientes.

—No, en serio Harry, ¿por qué?

—Por la misma razón que Mort... que Morty —contesté. Lo cual era cierto. Estaba allí para encontrarme con Mort y sacarle algo de información. Él estaba allí para reunirse conmigo porque se negaba a que nos vieran juntos en la calle. Se podría decir que tengo fama de tipo peligroso.

—Y afirmas que haces magia —dijo Larry.

—Sí.

—¿Nos lo puedes demostrar? —preguntó.

—Sí, Larry, pero no me parece una buena idea.

Larry asintió y lanzó una mirada de complicidad al público.

—¿Y eso por qué?

—Porque seguramente destrozaría todos los aparatos del estudio.

—Claro —dijo Larry. Guiñó un ojo a la audiencia—. Y eso sería terrible, ¿verdad?

Se oyó más de una risa y unos cuantos abucheos. Me vinieron a la cabeza escenas de *Carrie* y *Ojos de fuego*, pero logré controlarme y mantuve el hechizo de contención. El maestro de la autodisciplina, ese soy yo. Aún así contemplé con anhelo durante un momento la salida de emergencia.

Larry prosiguió con el programa e introdujo temas como los cristales, las percepciones extrasensoriales y las cartas del tarot. Morty fue el que más participó. Yo intercalé unos cuantos monosílabos aquí y allá.

Después de varios minutos, Larry dijo:

—Volveremos después de los anuncios. —Unas manos alzaron varios carteles donde se leía «Aplausos» y las cámaras se volvieron y enfocaron al público que silbaba y vitoreaba.

Larry me lanzó una mirada de reprobación y bajó del escenario. Una vez detrás del decorado, se quejó a gritos de su peinado a una maquilladora.

Yo me incliné hacia Mort y dije:

—Vale, ¿qué has averiguado?

El rechoncho médium negó con la cabeza.

—Nada concreto. Todavía no estoy en plena forma en lo que a contactar con los muertos se refiere.

—Aun así, tienes más experiencia en ese campo que yo —repuse—. Mis fuentes no siguen la cuenta de la gente que ha muerto recientemente, por eso tengo que buscar información por otro lado. ¿Me puedes decir si está viva?

Asintió.

—Está viva. Eso sí lo sé. En Perú.

—¿Perú? —Sentí un gran alivio al escuchar que no había muerto, pero ¿qué coño hacía Susan en Perú?— Es territorio de la Corte Roja.

—En parte —admitió Mort—. Aunque la mayoría está en Brasil y el Yucatán. Intenté descubrir en qué lugar se encontraba exactamente, pero me bloquearon.

—¿Quién?

Mort se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Lo siento.

Negué con la cabeza.

—No, no importa. Gracias, Mort.

Me recliné en la silla para rumiar las noticias.

Susan Rodríguez trabajaba como reportera para un periódico sensacionalista local llamado *Midwestern Arcane*. Se interesó por mí justo cuando comenzaba a trabajar como detective y me hostigaba sin descanso para que le mostrara todo aquello que cobraba vida por la noche. Comenzamos a salir y en nuestra primera cita acabó desnuda en el suelo, bajo una terrible tormenta, mientras los rayos freían a un demonio con pinta de sapo hasta convertirlo en un montón de trozos pegajosos. Después de aquello, convirtió un par de encuentros con criaturas de mis casos en una sección fija de su periódico.

Un par de años más tarde y a pesar de mis advertencias, me siguió hasta la guarida de unos vampiros que celebraban una gran reunión. Una noble de la Corte Roja la secuestró y se propuso transformarla en vampiro. Quería vengarse de mí. La vampira en cuestión creía que su condición de noble de la Corte Roja la hacía intocable, pensaba que no me enfrentaría a toda la Corte. Me advirtió que si intentaba recuperar a Susan, iniciaría

una guerra a escala mundial entre el Consejo Blanco de los magos y la Corte Roja de los vampiros.

Y eso hice.

Los vampiros no me han perdonado que les arrebatara a Susan, probablemente porque un grupo de ellos, entre los que figuraba un aristócrata de alta alcurnia, acabó incinerado en el proceso. Por eso Morty no quería que lo vieran conmigo. Él no estaba involucrado en la guerra y quería seguir así.

En cualquier caso y aunque Susan no completó su transformación, los vampiros le contagiaron su sed de sangre. Si alguna vez se rendía y la saciaba, entraría a formar parte de la Corte Roja. Le pedí que se casara conmigo y le prometí que encontraría la forma de devolverle su humanidad. Ella declinó mi oferta y se marchó con la idea de resolver el problema a su manera, supongo. Sigo buscando una forma de curarla, pero desde que se fue solo he recibido una tarjeta y dos o tres postales.

Hace dos semanas, su editora me llamó para decirme que la columna que solía enviar al *Arcane* iba con retraso y para preguntarme cómo podía ponerse en contacto con ella. No la pude ayudar, pero inicié la búsqueda. Al no descubrir nada, recurrí a Mort Lindquist; quizá sus contactos en el mundo de los espíritus resultaran más productivos que los míos.

No había averiguado gran cosa, pero al menos sabía que estaba viva. Los músculos de mi espalda se relajaron un poco.

Alcé la vista para contemplar como Larry subía al escenario al ritmo de la música. Los altavoces pitaron y chirriaron cuando comenzó a hablar y entonces me di cuenta de que me había relajado demasiado. El hechizo de contención era mucho más complicado de lo que creía y cada vez resultaba más difícil de sostener. Me concentré y de los altavoces solo salió la música de fondo.

—Bienvenidos de nuevo al programa —dijo Larry a la cámara—. Hoy estamos charlando con dos entendidos en fenómenos paranormales que han venido aquí para compartir sus puntos de vista con el público presente en el estudio y con los espectadores que nos ven desde casa. Para adentrarnos un poco más en estos temas, he pedido a un par de expertos con opiniones contrarias que se unan a nosotros, y aquí están.

El público aplaudió cuando aparecieron dos hombres, cada uno por un lado del escenario.

El primer invitado se sentó en la silla junto a Morty. Era delgado y algo más alto que la media; su piel, quemada por el sol, parecía de cuero. Tendría entre cuarenta y sesenta años, y el pelo gris, bien peinado. Vestía un traje negro y llevaba un alzacuellos que compartía espacio con un rosario y un crucifijo. Sonrió, nos saludó a Mort y a mí con una inclinación de cabeza y estrechó la mano de Larry.

Larry dijo:

—Les quiero presentar al padre Vincent que ha venido desde el Vaticano para estar aquí con nosotros hoy. Dentro de la Iglesia católica es un reconocido experto y estudioso de la brujería y la magia, tanto desde una perspectiva histórica como psicológica. Padre, bienvenido al programa.

La voz de Vincent era un poco ronca, pero hablaba inglés con un cultivado acento que revelaba una exquisita educación de pago.

—Gracias, Larry. Estoy muy contento de estar aquí.

Dejé al padre Vincent y me fijé en el segundo hombre que se había sentado a mi lado mientras Larry decía:

—Y desde la Universidad de Brasil, en Río de Janeiro, por favor den la bienvenida al doctor Paolo Ortega, renombrado investigador y experto en desenmascarar supuestos fenómenos paranormales.

Larry comenzó a decir algo más, pero ya no lo escuché. No podía dejar de mirar al hombre sentado junto a mí, su cara me sonaba. Era de estatura media y algo corpulento, con anchas espaldas y pecho robusto. Moreno de piel, llevaba el pelo negro bien peinado y su traje gris y plata me pareció elegante y refinado.

Un duque de la Corte Roja... un vampiro viejo y mortífero que me sonreía a tan solo medio metro de distancia. Mi frecuencia cardíaca pasó de sesenta a ciento cincuenta millones y el miedo me llegó a las extremidades como un relámpago.

Las emociones tienen poder. Alimentan mucha de mi magia. El pánico me dio de lleno y la presión sobre el hechizo de contención se duplicó. Se produjo un fogonazo y una nube de humo se elevó de la cámara más cercana. El operador se apartó del aparato y se quitó los auriculares mientras soltaba un taco de los que luego tienen que cortar en las emisiones en horario infantil. La cámara despedía humo y olor a goma quemada, pero además se debió de producir otro acoplamiento porque los monitores del estudio comenzaron a pitar.

—Vaya, —dijo Ortega entre dientes—. Me alegro de verte otra vez, Dresden.

Tragué saliva y busqué en mi bolsillo un par de artilugios de mago que uso como defensa personal. Ortega posó una mano sobre mi brazo. Aunque no pareciera que hacía ningún esfuerzo, sus dedos se cerraron sobre mi muñeca como esposas con la fuerza suficiente para lograr que el dolor me subiera hasta el codo y el hombro. Miré a mi alrededor, pero todo el mundo observaba la cámara rota.

—Tranquilo —dijo Ortega con un acento grave y vagamente portugués—. No he venido para matarte en televisión, mago. Estoy aquí para hablar contigo.

—Suéltame —dije. Mi voz sonó débil y temblorosa. ¡Puñetero pánico escénico!

Me soltó y aparté el brazo. Alguien del equipo se llevó la cámara y un tipo con auriculares y pinta de mandar hizo señales a Larry para que prosiguiera. Larry asintió y se volvió a Ortega.

—Siento lo que ha pasado. Revisaremos esa parte después.

—No importa —respondió Ortega.

Larry hizo una pausa y luego dijo:

—Doctor Ortega, bienvenido al programa. Tiene usted fama de ser uno de los principales estudiosos de fenómenos paranormales del mundo. Ha logrado demostrar que ciertos sucesos considerados sobrenaturales no eran más que fraudes. ¿Nos puede hablar un poco de eso?

—Por supuesto. Hace ya varios años que investigo este tipo de sucesos, y aún no he encontrado alguno que no tenga una explicación perfectamente natural. Los círculos en los sembrados, supuestamente hechos por los alienígenas, demostraron ser solo el pasatiempo favorito de un grupo de granjeros británicos, por ejemplo. Es cierto que con mucha frecuencia se producen hechos extraños, pero no por eso tienen que ser sobrenaturales. Incluso aquí mismo, en un parque de Chicago, tuvo lugar una lluvia de sapos de la que fueron testigos docenas si no cientos de personas. Y al final resultó que un extraño vendaval los había traído de algún otro lugar para dejarlos caer sobre esta ciudad.

Larry asintió con expresión seria.

—Entonces usted no cree en nada de eso.

Ortega sonrió a Larry con suficiencia.

—Me encantaría creer que esas cosas pasan de verdad, Larry. Al mundo le vendría bien un poco de magia. Pero me temo que, aunque en parte a todos nos gustaría creer en seres maravillosos y poderes fantásticos, la realidad es que todo se reduce a simples y primitivas supersticiones.

—Entonces, según su opinión, los médiums y los magos...

—Charlatanes —dijo Ortega sin dudar—. Aunque no pretendo ofender a tus invitados, por supuesto. Todos los que se hacen pasar por médiums, suponiendo que no estén perturbados, no son más que hábiles actores que conocen a la perfección el funcionamiento de la psicología humana y sacan provecho de ello. Embaucan fácilmente a los ingenuos y les hacen creer que pueden contactar con los muertos, leer sus pensamientos o incluso que son seres sobrenaturales. De hecho, con unos minutos de preparación y el decorado adecuado, les aseguro que podría convencer a todos los que están en esta sala de que yo mismo soy un vampiro.

El público rió de nuevo. Yo lo miré furioso y sentí que mi frustración crecía al tiempo que aumentaba la presión sobre el hechizo de contención. El aire a mi alrededor comenzó a calentarse.

Un segundo cámara gritó y se apartó de un manotazo los auriculares de los que escapaba un pitido estridente mientras su cámara comenzaba a girar lentamente sobre su podio, haciendo que los cables se enrollaran en torno a la carcasa de acero en la que descansaba.

La luz de «en el aire» se apagó. Larry bajó hasta el borde del escenario gritando al pobre cámara. Entonces apareció el realizador por un lado del decorado con cara de consternación y Larry se cebó con él. El hombre aguantó el chaparrón con la paciencia de un buey y luego examinó el aparato. Murmuró algo en el pequeño micrófono de sus auriculares y luego él y el técnico afectado comenzaron a empujar la cámara.

Larry cruzó los brazos impaciente, luego se volvió a los invitados y dijo:

—Lo siento. En un par de minutos tendremos una cámara de repuesto. Solo será un momento.

—No pasa nada, Larry —repuso Ortega—. Mientras tanto charlaremos un poco.

Larry me miró intrigado.

—¿Estás bien, Dresden? —preguntó—. Te veo pálido. ¿Necesitas alguna cosa, algo de beber quizá?

—Yo desde luego sí —respondió Ortega clavando los ojos en mí.

—Pediré que traigan algo —dijo Larry y se bajó del escenario en busca de su peluquero.

Mort charlaba en voz baja con el padre Vincent, dándome la espalda descaradamente. Yo me volví a Ortega, tenso, con la espalda rígida, mientras luchaba por apaciguar la ira y el miedo que sentía. Generalmente el miedo irracional me suele resultar útil. La magia procede de las emociones y el pánico es un buen combustible, pero aquel no era el lugar para invocar torbellinos, ni relámpagos de fuego. Había demasiada gente y alguien podía resultar herido, incluso muerto.

Dicho lo cual, Ortega tenía razón. No era un buen sitio para pelear. Si estaba allí era porque quería hablar. Si no, simplemente me habría acorralado en el aparcamiento.

—Vale —dije por fin—. ¿De qué quieres hablar?

Se inclinó un poco más hacia mí para no tener que subir la voz. Yo sentí que se me encogía el alma, pero no me aparté.

—He venido a Chicago para matarte, Dresden. Pero tengo una propuesta que me gustaría que escucharas antes.

—Tienes que mejorar esa introducción —dije—. Una vez leí un libro sobre negociaciones, si quieres te lo puedo dejar.

Me sonrió con desgana.

—La guerra, Dresden. La guerra entre tu gente y la mía nos está saliendo muy cara a todos.

—En general, ir a la guerra es una decisión bastante idiota —repuse—. Yo jamás la quise.

—Pero la iniciaste —dijo Ortega—. Comenzaste una guerra a cuenta de tus principios.

—La comencé para salvar una vida humana.

—¿Y cuántas salvarías si la lucha cesara ahora? —preguntó Ortega—. Los magos no son los únicos que sufren. Debido a la guerra disponemos de menos recursos para controlar a los elementos subversivos de nuestra Corte. Condenamos las muertes gratuitas, pero algunos de los nuestros, sobre todo cuando caen heridos o están desorientados, con frecuencia matan sin necesidad. Si pudiéramos fin a la guerra salvaríamos cientos, quizá miles de vidas.

—Y si matáramos a todos los vampiros del planeta también. ¿Adónde quieres llegar?

Ortega sonrió, mostrándome la dentadura. Eran unos dientes normales, no tenía colmillos enormes, ni nada de eso. Los vampiros de la Corte Roja parecen humanos... justo hasta que se convierten en algo salido de una pesadilla.

—Lo que quiero decir, Dresden, es que la guerra resulta costosa y perjudicial. Tú estás en la raíz de su inicio y simbolizas el punto de fricción entre nuestro pueblo y el Consejo Blanco. Contigo muerto, el Consejo aceptará que se negocie la paz, y la Corte también.

—¿Y lo que me pides es que me tumbe y me muera? Como oferta no es gran cosa. De verdad, creo que deberías leer el libro.

—Mi oferta es la siguiente: enfrentémonos en combate, solos tú y yo.

No llegué a reírme en su cara.

—¿Por qué cojones iba a hacer eso?

Sus ojos eran inexpresivos.

—Porque si lo haces, los guerreros que he traído a Chicago no se verán obligados a ir a por tus amigos y aliados. Y los asesinos que hemos contratado no tendrán que recibir las confirmaciones finales para matar a los clientes que han solicitado tus servicios durante los últimos cinco años. Seguro que recuerdas sus nombres.

El miedo y la ira que ya estaban casi apaciguados, resurgieron de golpe.

—Eso es innecesario —contesté—. Si tu guerra es conmigo no mezcles a nadie más.

—Por mí encantado —respondió Ortega—. No apruebo esas tácticas. Enfrentémonos según las leyes del duelo fijadas en los Acuerdos.

—Y después de que te mate ¿qué? —dije. No sabía si podía hacerlo, pero esa no era razón para dejarle pensar que no confiaba en mis posibilidades—. ¿Aparece el siguiente campeón de la Corte Roja y me propone lo mismo?

—Si me derrotas, la Corte me ha asegurado que declarará esta ciudad terreno neutral, y todos sus habitantes, incluidos tú, tus amigos y colaboradores, quedaréis libres de cualquier amenaza mientras permanezcáis dentro de sus límites.

Lo miré intensamente durante un momento.

—¿*Chicagoblanca*, eh?

Arqueó una ceja desconcertado.

—Da igual. Te pilló ya mayor. —Aparté la vista de él y me lamí el sudor que me bañaba el labio superior. Alguien del equipo se acercó con un par de botellas de agua y nos dio una a cada uno. Eché un trago. La presión del hechizo hizo que viera puntitos de colores flotando ante mí.

—Enfrentarse a mí es poco inteligente —le dije—. Aunque acabaras conmigo, mi hechizo de muerte caería sobre ti.

Se encogió de hombros.

—La Corte es más importante que yo. Me arriesgaré.

Maldita sea. Los pirados abnegados, honrados, valientes y dispuestos a sacrificarse son, con diferencia, los peores adversarios que uno se puede encontrar. Intenté un último regate con la esperanza de que diera sus frutos.

—Eso lo tendría que ver por escrito. Y el Consejo debería recibir una copia. Quiero que todo sea oficial y esté reconocido por los Acuerdos.

—¿Si lo consigo aceptarás mi oferta?

Respiré hondo. Lo último que me apetecía era vérmelas con otro matón sobrenatural. Los vampiros me dan miedo. Son fuertes, increíblemente rápidos y tienen además un repugnante as en la manga. Su saliva es un narcótico adictivo al que me he visto expuesto lo suficiente para preguntarme qué sentiría si me dieran otro lametón.

Por aquella época apenas salía de noche, principalmente porque no quería encontrarme con más vampiros. Un duelo implicaba que el combate sería justo, y yo odio los combates justos. Como dijo una vez una mortífera reina hada, son muy fáciles de perder.

Por supuesto, si no aceptaba la oferta de Ortega, tendría que enfrentarme a él de todas formas, probablemente en el lugar y en el momento que él escogiera... y tenía la sensación de que Ortega no iba a mostrar la arrogancia y el exceso de confianza que había visto en otros vampiros. Había algo en él que me decía que le daba igual la forma, pero tenía que matarme. Y no solo

eso, también parecía del tipo capaz de cebarse con mi gente, si eludía el enfrentamiento.

Así que, resumiendo: era el típico malo por excelencia. Además de un negociador bastante bueno.

Me gustaría decir que sopesé con cuidado todos los factores, razoné una conclusión sensata y tomé la decisión lógica de asumir un riesgo calculado, pero no. Lo cierto es que imaginé a Ortega y a sus amigos atacando a las personas que quiero y de repente me sentí lo bastante enfadado como para comenzar la pelea allí mismo. Lo miré a la cara, con los ojos entornados y ni me molesté en controlar la ira. El hechizo de contención comenzó a resquebrajarse y me dio completamente igual. Cuando se disipó del todo, la gran cantidad de energía almacenada se liberó de repente y se extendió de forma invisible por todo el estudio.

Escuchamos un chasquido de energía estática procedente de los micrófonos del escenario, y después, dejaron de funcionar entre potentes estallidos. Los focos del techo, de repente, comenzaron a dar fogonazos y a soltar chispas que acabaron cayendo sobre los que estábamos en el escenario. Una de las dos cámaras que aún sobrevivían, se incendió. Las llamas azuladas asomaron por encima de la carcasa metálica, y los enormes enchufes de las paredes comenzaron a expulsar chispas verdes y naranjas. Larry Fowler gritó y dio un salto mientras se daba manotazos al cinturón en un intento por deshacerse de su teléfono móvil al rojo vivo. Se fue la luz y la gente comenzó a gritar presa del pánico.

Ortega, iluminado solo por la lluvia de chispas, ofrecía un aspecto feroz, incluso ávido; las sombras bailaban sobre su rostro y sus ojos parecían enormes y oscuros.

—Genial —dije—. Dámelo por escrito y trato hecho.

Las luces de emergencia se encendieron, la alarma de incendios comenzó a sonar y el público se dirigió en estampida hacia las salidas. Ortega sonrió satisfecho, luego bajó del escenario y desapareció tras el decorado.

Yo me puse en pie un poco tembloroso. Algo había caído del techo y le había golpeado a Mort en la cabeza. Tenía una brecha en la coronilla de la que emanaba abundante sangre. Cuando quiso ponerse en pie se tambaleó peligrosamente, así que el padre Vincent y yo ayudamos al pequeño médium cogiéndolo cada uno de un brazo y lo condujimos hacia la salida de emergencia.

Lo bajamos por las escaleras y lo sacamos del edificio. La policía de Chicago ya había llegado con sus sirenas y sus luces azules y rojas. Un camión de bomberos y dos o tres ambulancias aparecieron en ese mismo momento. Sentamos a Mort junto a otras personas que tenían heridas leves y nos

apartamos. Los dos jadeábamos todavía cuando el personal sanitario comenzó a clasificar a los heridos según su gravedad.

—En realidad, señor Dresden —dijo el padre Vincent—, debo confesarle una cosa.

—¡Eh! —respondí—. No crea que no he pillado la ironía de esas palabras, padre.

Los resecos labios del padre Vincent desaparecieron en una amplia sonrisa.

—En realidad no he venido a Chicago solo para aparecer en el programa.

—¿Ah no? —dije.

—No, la verdad es que estoy aquí para...

—Hablar conmigo —lo interrumpí.

Arqueó las cejas.

—¿Cómo lo sabe?

Suspiré y saqué las llaves del coche del bolsillo.

—Es la tónica del día.

Comencé a caminar hacia mi coche e invité al padre Vincent a que me siguiera. Así lo hizo y aceleré el ritmo, de modo que tuvo que esforzarse si no quería quedarse atrás.

—Debe comprender —dijo— que le exija una total confidencialidad si le cuento los detalles de mi problema.

Fruñí el ceño y dije:

—Teniendo en cuenta que me considera un excéntrico en el mejor de los casos, o un charlatán en el peor, no entiendo por qué quiere mi ayuda.

No es que fuera a rechazarlo. Quería coger su caso. Bueno, para ser más exactos, quería coger su dinero. Mi situación económica no era tan precaria como el año pasado, pero eso solo significaba que con un sencillo bate de béisbol me bastaba para ahuyentar a los acreedores; ya no necesitaba la picana eléctrica.

—Me han dicho que es usted el mejor detective para este asunto —dijo el padre Vincent.

Lo miré arqueando una ceja.

—¿Tiene algún problema de tipo sobrenatural?

Puso los ojos en blanco.

—No, claro que no. No soy tan simple, señor Dresden. Pero tengo entendido que usted sabe más sobre la comunidad ocultista que ningún otro detective de la ciudad.

—¡Ah! —dije—, eso.

Pensé en ello durante un momento y deduje que probablemente tenía razón. La comunidad ocultista de Chicago a la que se refería estaba compuesta por un puñado de seguidores de la Nueva Era que veían el futuro en bolas de cristal, echaban las cartas o leían las líneas de la mano. La mayoría era gente inofensiva y muchos incluso tenían conocimientos de magia. Si añadimos a

eso unos cuantos artistas de *feng-shui*, lo sazonomos abundantemente con *wiccanos* de diferentes sabores y lealtades, incorporamos algunos aficionados con cierto talento que gustan de mezclar religión y magia, echamos algo de vudú, unos cuantos santeros y otros pocos seguidores de Satán, y lo servimos todo con una guarnición de gente joven que viste de negro, tenemos lo que muchos conocen como «la comunidad ocultista».

Por supuesto, camuflados en aquel batiburrillo había brujos, nigromantes, monstruos y demonios. Para los que realmente cortaban el bacalao, para los malos, aquellos aficionados eran más o menos lo que para un chaval de diez años un parque de atracciones de pan de jengibre. Mi sistema mental de detección de peligro hizo saltar la alarma.

—¿Quién le dio mi nombre, padre?

—Oh, un sacerdote de aquí —respondió Vincent. Sacó una libreta de notas del bolsillo, la abrió y leyó—: el padre Forthill, de Santa María de los Ángeles.

Lo miré sorprendido. El padre Forthill y yo no compartíamos el mismo punto de vista en lo que a religión se refiere, pero era un buen hombre. Un poco estirado quizá, pero me caía bien... además le debía algún que otro favor.

—Haber empezado por ahí.

—¿Se hará cargo del caso? —preguntó el padre Vincent mientras entrábamos en el aparcamiento.

—Antes quiero saber todos los detalles, pero si Forthill cree que lo puedo ayudar, lo haré. —Y añadí enseguida—: Pero le voy a cobrar igual.

—Naturalmente —dijo el padre Vincent. Jugó con el crucifijo que colgaba de su cuello—. ¿Entonces debo suponer que no me hará ningún truquito de magia?

—Eso es para los ilusionistas, padre —respondí.

—¿A qué se refiere?

—Los ilusionistas hacen trucos de magia. Los magos como yo hacemos magia de verdad.

Suspiró.

—No necesito magos, señor Dresden. Solo quiero un detective.

—Y yo no necesito que me crea, padre. Solo que me pague. Nos llevaremos estupendamente.

Me miró un tanto vacilante y luego dijo:

—Ah.

Llegamos a mi coche, un viejo y castigado Volkswagen al que llamo *Escarabajo Azul*. Tiene lo que muchos consideran «carácter» y yo denomino «un montón de piezas de repuesto mal puestas». Puede que el coche original fuera azul, pero ahora tenía parches en verde, blanco y rojo de otros Volkswagen, que fui añadiendo para reemplazar las partes dañadas. El capó se mantenía en

su sitio gracias al alambre de una percha que evitaba que se abriera y cerrara cuando el coche cogía algún bache y el parachoques delantero estaba abollado desde que intenté atropellar a un monstruo el verano pasado. Quizá si el trabajo de Vincent daba dinero, podría arreglarlo.

El padre Vincent contempló extrañado el Escarabajo y preguntó:

—¿Qué le ha pasado?

—Me di contra unos árboles.

—¿Chocó contra un árbol?

—No. Árboles, en plural. Y luego contra un contenedor. —Lo miré un tanto avergonzado y añadí—: Eran árboles pequeños.

La perplejidad en su rostro dio paso a la preocupación.

—Ah.

Levanté el cierre de la puerta del conductor. No es que temiera que me fueran a robar el coche. De hecho, una vez un ladrón me ofreció cambiármelo por algo mejor por un módico precio.

—Imagino que querrá hablar de su problema en algún lugar donde tengamos más intimidad.

El padre Vincent asintió.

—Sí, claro. Si me lleva a mi hotel, allí tengo unas fotos y...

Escuché a alguien arrastrar los pies por el suelo de hormigón y me volví justo a tiempo de ver por el rabillo del ojo a un pistolero que salía de entre dos coches aparcados una fila más allá. Las tenues luces hicieron brillar su arma y me lancé sobre el capó del Escarabajo, para alejarme de él. Choqué contra el padre Vincent, que dejó escapar un grito de sorpresa y los dos caímos al suelo al tiempo que el matón comenzaba a disparar.

Los disparos de la pistola no desgarraron el aire con un gran estruendo, como ocurre normalmente. Las armas son mucho más ruidosas que cualquier cosa que la gente pueda escuchar de forma habitual. Esta pistola no atronó, no rugió, ni siquiera hizo *bang*. Emitió un sonido más sordo. Como si alguien golpeará un diccionario enciclopédico contra una mesa. El pistolero usaba silenciador.

Una bala alcanzó mi coche y rebotó en la curva del capó. Otra pasó por encima de mi cabeza mientras forcejeaba con el padre Vincent y una tercera destrozó el parabrisas de un deportivo muy chulo que estaba aparcado al lado.

—¿Qué ocurre? —balbuceó el padre Vincent.

—Silencio —gruñí. El pistolero se estaba moviendo. Podía oír sus pisadas mientras rodeaba mi coche. Me acerqué a uno de los faros delanteros del Escarabajo y sin dejar de presionar el capó, agarré el alambre que lo mantenía cerrado. El hombre seguía acercándose. Por fin lo desenganché, el capó se abrió y pude acceder al maletero.

Alcé la vista a tiempo de ver a un individuo de estatura y compleción medias, de unos treinta años, con pantalones y chaqueta oscuros que sostenía una pistola de pequeño calibre con un pesado silenciador en su extremo. Disparó, pero no tuvo tiempo de apuntar bien y aunque estaba a menos de seis metros, falló.

Saqué la escopeta del maletero del coche, le quité el seguro y metí una bala en la recámara. Los ojos del matón se abrieron como platos y se dio media vuelta para salir corriendo. Volvió a disparar y rompió una de las luces delanteras del Escarabajo. Después siguió disparando mientras huía por el mismo camino por el que había venido.

Me oculté detrás del coche y agaché la cabeza mientras intentaba contar los tiros. Cuando llegué a once o doce, la pistola enmudeció. Me incorporé con la escopeta preparada al hombro y bajé un poco el cañón. El pistolero se colocó detrás de una columna de hormigón y luego siguió corriendo.

—¡Mierda! —susurré—. Suba al coche.

—Pero... —tartamudeó el padre Vincent.

—¡Al coche! —grité. Me levanté, volví a colocar el enganche de la percha en el capó y me monté. Vincent se sentó en el asiento del acompañante y le lancé la escopeta—. Sujete esto.

La cogió torpemente, con los ojos como platos, mientras yo ponía en marcha el Escarabajo que volvió a la vida con un rugido. Bueno, exactamente con un rugido no. Un Volkswagen Escarabajo no ruge. Digamos que gruñó, y metí primera antes de que el sacerdote tuviera tiempo de cerrar la puerta.

Me dirigí hacia la salida del aparcamiento, tomando curvas y rampas a toda velocidad.

—¿Qué está haciendo? —preguntó el padre Vincent.

—Ese tío no trabaja solo —contesté—. Seguro que tienen todas las salidas vigiladas.

Derrapamos en la última curva y nos dirigimos hacia la salida. Escuché a alguien gritar casi sin aliento y vi como un par de hombres enormes y con cara de pocos amigos salían de un coche aparcado al otro lado de la calle. Uno de ellos sostenía una escopeta y el otro una potente semiautomática, puede que una Desert Eagle.

No reconocí al de la escopeta, pero el tercer matón era un tío enorme con el pelo rojo, sin cuello y traje barato: Cujo Hendricks, la mano derecha del jefe del crimen organizado de Chicago, *Caballero* Johnny Marcone.

Tuve que subir el Escarabajo a la acera en la salida del aparcamiento para sortear la barrera de seguridad, llevándome unos arbustos decorativos en el proceso. Salvé la curva a trompicones y volví a la carretera mientras giraba todo el volante a la derecha y hundía el pie en el acelerador.

Eché la vista atrás y vi al primer tirador en la salida de emergencia apuntándonos con su pistola con silenciador. Disparó varias veces más, aunque solo pude escuchar los últimos tiros debido a que el silenciador comenzaba a desgastarse. No le ofrecimos un blanco fácil, pero tuvo suerte y me destrozó el cristal trasero. Tragué saliva y torcí en la primera curva. Una luz me cegó y casi chocamos contra un camión de mudanzas U-Haul, pero aun así, no dejé de acelerar.

Un par de bloques más allá, mi corazón bajó el ritmo lo suficiente para dejarme pensar. Reduje la marcha a algo parecido al límite de velocidad, di las gracias a mi buena estrella de que el hechizo de contención se deshiciera en el estudio y no dentro del coche, y bajé la ventanilla. Saqué la cabeza durante unos segundos para ver si Hendricks y sus esbirros nos seguían, pero no vi a nadie, así que decidí creer que estábamos a salvo.

Metí la cabeza dentro del coche y me encontré con el cañón de mi escopeta apuntándome a la barbilla, mientras el padre Vincent, con el rostro pálido, murmuraba para sí algo en italiano.

—¡Eh! —dije y aparté el cañón de mi cara—. Cuidado con eso. ¿Quiere matarme? —Alargué el brazo y conseguí ponerle el seguro—. Bájela. Si nos ve la policía nos meteremos en un buen lío.

El padre Vincent tragó saliva e intentó bajar la escopeta al nivel del salpicadero.

—¿Es un arma ilegal?

—Esa es una palabra muy fuerte —murmuré.

—¡Virgen santísima! —dijo el padre Vincent con un nudo en la garganta—. Esos hombres... —añadió—. Esos hombres han intentado matarlo.

—A eso se dedican los asesinos profesionales —dije.

—¿Cómo sabe que lo son?

—El primer tío llevaba un arma con silenciador. De los buenos, un silenciador de metal y cristal, no la clásica chapuza hecha con una botella de plástico. —Volví a mirar por la ventana—. Además el arma era de calibre pequeño y pretendía acercarse lo máximo posible antes de disparar.

—¿Y eso es importante?

Parecía que no había nadie. Las manos me temblaban y me sentía un poco débil.

—Sí, porque significa que usaba munición ligera. Subsónica. Si la bala rompe la barrera del sonido, no tiene mucho sentido usar silenciador. Cuando vio que yo también estaba armado, huyó. Se mantuvo a cubierto y buscó ayuda. Es un profesional.

—¡Madre de Dios! —dijo de nuevo el padre Vincent. Estaba un poco pálido.

—Además reconocí a uno de los hombres que esperaban a la salida.

—¿Había alguien en la salida? —preguntó el padre Vincent.

—Sí. Dos esbirros de Marcone. —Miré el cristal roto de atrás y suspiré—. Mierda. Bueno, ¿adónde vamos?

El padre Vincent me dio unas indicaciones con voz inexpresiva y yo me concentré en la conducción, intentando ignorar los quejidos de mi estómago y el continuo temblor de mis manos. Nunca he llevado muy bien que me disparen.

Hendricks. ¿Por qué habrá enviado Marcone sus matones a por mí? Marcone era el amo de los bajos fondos de Chicago, pero por lo general no solía usar ese tipo de violencia. Decía que era malo para el negocio. Yo creía que Marcone y yo teníamos un pacto... o al menos un acuerdo tácito de no meternos en los asuntos del otro. Entonces, ¿a qué venía aquello?

Quizá en algún momento traspasé una raya que no sabía que existía.

Miré al acongojado padre Vincent.

Aún no me había dicho qué quería, pero fuera lo que fuera, debía de ser lo bastante importante como para que el Vaticano enviara a uno de sus funcionarios en misión secreta a Chicago. Quizá también fuera lo bastante importante como para matar a un mago cotilla.

Joder.

El día estaba resultando un asco.

El padre Vincent me llevó hasta un motel al norte de O'Hare. Perteneía a una cadena nacional, era barato, pero limpio, y las puertas de las habitaciones daban todas al aparcamiento. Conduje hasta la parte de atrás del edificio, apartada de la calle, sin dejar de fruncir el ceño. No parecía la clase de sitio donde se hospedaría alguien como Vincent. El sacerdote bajó del coche casi antes de que echara el freno de mano, caminó a toda prisa hacia la puerta más cercana y se metió dentro en cuanto fue capaz de abrir el cerrojo.

Lo seguí. Vincent cerró la puerta, echó el cerrojo y luego se peleó con las cortinas hasta que consiguió cerrarlas. Señaló con la cabeza la pequeña mesa de la habitación y dijo:

—Por favor, siéntese.

Lo hice y estiré las piernas. El padre Vincent abrió el cajón de una modesta cómoda y sacó una carpeta cerrada con un elástico. Se sentó frente a mí, apartó el elástico y dijo:

—La Iglesia está interesada en recuperar algo que le han sustraído.

Me encogí de hombros y repuse:

—¿No debería encargarse de eso la policía?

—Ya hay una investigación en marcha y he ofrecido al Departamento de Policía de Chicago mi ayuda para lo que necesiten. Pero... ¿cómo decir esto educadamente? —Frunció el ceño—. La historia es una gran maestra.

—No se fía de la policía —dije—. Vale.

Hizo una mueca de desagrado.

—Es que en el pasado la policía de Chicago se ha visto asociada con numerosas figuras del crimen organizado.

—Eso ya solo se ve en las películas, padre. Quizá no se haya enterado, pero lo de Al Capone pasó hace muchos años.

—Puede que sí —dijo—. Puede que no. Yo solo pretendo hacer todo lo que esté en mi poder para recuperar el artículo robado. Y eso incluye contratar a un discreto detective privado.

Ajá. Así que no confiaba en la policía y quería que yo trabajara para él en secreto. Por eso estábamos en aquel motel barato y no en el lugar donde realmente se hospedaba.

—¿Qué quiere que encuentre?

—Una reliquia —contestó.

—¿Una qué?

—Un objeto sagrado, señor Dresden. Una antigüedad que pertenece a la Iglesia desde hace siglos.

—Oh, eso —dije.

—Sí. Se trata de un artículo delicado y muy antiguo y creemos que quienes lo tienen ahora no lo cuidan como deberían. Hay que recuperarlo lo antes posible.

—¿Qué sucedió?

—Lo robaron hace tres días.

—¿De dónde?

—De la catedral de San Juan Bautista, en el norte de Italia.

—Eso está muy lejos.

—Creemos que lo trajeron aquí, a Chicago, para venderlo.

—¿Por qué?

Sacó de la carpeta una foto de veinte por veinticinco, en blanco y negro, y revelada en brillo. Me la ofreció. En ella se veía a un cadáver bastante destrozado. Yacía sobre los adoquines de la calle; la sangre había corrido entre las piedras y se había acumulado ligeramente alrededor del cuerpo. Creo que se trataba de un hombre, aunque no estaba seguro. Pero fuera quien fuera, le habían dejado la cara y el cuello hechos jirones, literalmente. Presentaba cortes profundos, limpios y rectos. El trabajo de un experto en arma blanca. *Puag.*

—Este individuo es Gaston LaRouche. El cabecilla de una banda de ladrones que se llaman a sí mismos Ratones de Iglesia. Se especializan en robar en santuarios y catedrales. Encontraron su cuerpo cerca de un pequeño aeropuerto la mañana siguiente al robo. En su maletín había varios documentos de identificación estadounidenses falsificados y billetes de avión con destino a Chicago.

—Pero de lo robado ni rastro.

—Así es. Exacto. —El padre Vincent sacó otro par de fotos. También eran en blanco y negro, pero ofrecían una imagen más tosca, como si las hubieran ampliado varias veces. En ellas se veía a dos mujeres de constitución y altura medias, pelo negro y gafas oscuras.

—¿De las cámaras de vigilancia? —pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Facilitadas por la Interpol. Son Anna Valmont y Francisca García. Pensamos que colaboraron con LaRouche en el robo, luego lo mataron y salieron del país. La Interpol recibió el chivatazo de que Valmont había sido vista aquí, en el aeropuerto.

—¿Sabe quién es el comprador?

Vincent negó con la cabeza.

—No. Y este es el caso. Quiero que encuentre al resto de la banda y recupere lo robado.

Fruncí el ceño mientras contemplaba las fotos.

—Sí. Y eso es lo que quieren ellos también.

Vincent me miró sorprendido.

—¿Qué quiere decir?

Negué con la cabeza impaciente.

—Está claro. Mire bien la foto. LaRouche no murió allí.

Vincent frunció el ceño.

—¿Por qué dice eso?

—Hay muy poca sangre. He visto hombres hechos trizas y desangrados. Ahí falta un huevo de sangre. —Hice una pausa—. Perdone la expresión.

El padre Vincent se santiguó.

—¿Y por qué encontraron su cuerpo allí?

Me encogí de hombros.

—Es el trabajo de un profesional. Fíjese en los cortes. Son metódicos. La víctima probablemente estaba inconsciente o drogada porque no es fácil mantener inmovilizado a un hombre mientras le destrozas la cara con un cuchillo.

El padre Vincent se puso una mano en el estómago.

—Oh.

—Así que tiene un cadáver abandonado en una calle cualquiera con un letrero que básicamente dice: el botín está en Chicago. De modo que, o el culpable es increíblemente idiota, o alguien pretendía atraerlo hasta aquí. Esto es obra de un profesional. El cadáver es una trampa.

—Pero ¿quién haría algo así?

Me encogí de hombros.

—Eso es lo que deberíamos averiguar. ¿Tiene alguna foto mejor de estas dos mujeres?

Negó con la cabeza.

—No, y jamás las han detenido. No tienen antecedentes.

—Pues entonces es que son buenas. —Cogí las fotos. Unidas a las fotos con un clip había unas hojas de papel donde figuraba una lista de alias conocidos, lugares... pero nada realmente útil—. Esto me va a llevar un tiempo.

—Es lo que suele ocurrir cuando el objetivo merece la pena. ¿Qué necesita de mí, señor Dresden?

—Un adelanto —contesté—. Con unos mil bastará. Y también una descripción de la reliquia, cuanto más detallada mejor.

El padre Vincent asintió como si todo le pareciera muy lógico y sacó del bolsillo un fajo de billetes cogido por un clip de acero. Contó diez retratos de Ben Franklin y me los ofreció.

—El objeto robado es un lienzo de lino, rectangular, de cuatro metros con seis centímetros de largo y un metro con diez centímetros de ancho, tejido a mano en forma de sarga de cuatro en espiga. Presenta una serie de parches y manchas y...

Alcé una mano y fruncí el ceño.

—Un momento. ¿Dónde dice que se produjo el robo?

—En la catedral de San Juan Bautista —respondió el padre Vincent.

—En el norte de Italia —dije.

Asintió con la cabeza.

—En Turín, para ser exactos —añadí.

Volvió a asentir con aire misterioso.

—¿Han robado el puñetero Sudario de Turín? —pregunté.

—Sí.

Me recosté en la silla mientras le echaba otro vistazo a las fotos. Eso cambiaba las cosas. Eso cambiaba mucho las cosas.

El Sudario. Supuestamente la tela con la que José de Arimatea envolvió el cuerpo de Cristo tras la crucifixión. Aquello eran palabras mayores. También se dice que Jesús llevaba el paño cuando resucitó, y que quedaron impresos en él su imagen y su sangre.

—*Uau* —dije.

—¿Qué sabe del Santo Sudario, señor Dresden?

—No mucho. Que enterraron a Cristo con él. En los años setenta lo sometieron a varias pruebas, pero nadie pudo demostrar que fuera un fraude. Hace unos años casi se quemó cuando se declaró un incendio en la catedral. Algunos dicen que tiene el poder de sanar, o que lo custodian un par de ángeles. Y alguna otra cosa que ahora mismo no recuerdo.

El padre Vincent dejó caer las manos sobre la mesa y se inclinó hacia mí.

—Señor Dresden. El Sudario es quizá la reliquia más importante de la Iglesia. Es un gran símbolo de fe en el que creen muchas personas. También

tiene trascendencia política. Es absolutamente crucial para Roma que el Sudario vuelva a estar bajo la custodia de la Iglesia a la mayor brevedad posible.

Lo miré fijamente durante un segundo e intenté escoger mis palabras con cuidado.

—¿Se sentiría muy ofendido si le dijera que el Sudario es además *hum...* importante en términos mágicos?

Vincent apretó los labios.

—Yo no creo en fantasías, señor Dresden. Es un pedazo de tela, no una alfombra mágica. Su valor deriva únicamente de su importancia histórica y simbólica.

—*Ajá*—respondí. Caray, pues de ahí es de donde procede gran parte de la magia. El sudario era antiguo, estaba considerado como algo especial y la gente creía en él. Eso bastaría para otorgarle cierto poder.

»Hay muchos que no opinarán como usted —dije.

—Por supuesto —convino—. Por eso su conocimiento de la comunidad ocultista de Chicago puede resultar muy útil.

Asentí pensativo. Aquello podría ser algo totalmente normal. Alguien podría haber robado un paño viejo y mohoso para vendérselo a algún pirado que creyese que era una sábana mágica. Podría resultar que el Sudario no fuera más que un símbolo, una antigüedad, una reliquia histórica... interesante, pero poco significativa.

Claro está que también existía la posibilidad de que el Sudario fuera auténtico. Que hubiera envuelto el cuerpo del Hijo de Dios cuando volvió de entre los muertos. Aparté ese pensamiento.

Sin entrar a valorar el cómo ni el porqué, si el Sudario era algo especial en términos mágicos, significaba que nos encontrábamos ante un nuevo y sucio juego del ratón y el gato. De todos los poderes extraños, oscuros y malignos que podían haberse llevado el Sudario, no se me ocurrió ninguno que fuera hacer algo bonito con él. Puede que allí estuvieran involucrados toda clase de intereses sobrenaturales.

Incluso dejando a un lado esa posibilidad, la búsqueda mortal del Sudario parecía una misión bastante peligrosa. John Marcone quizá tuviera algo que ver, así como la policía de Chicago y probablemente la Interpol y el FBI. Aunque carecieran de poderes sobrenaturales, cuando se trataba de encontrar personas, los *polis* eran muy buenos. Probablemente, localizarían a los ladrones y darían con el Sudario en unas semanas.

Miré las fotos, luego el dinero y pensé en cuantas facturas pagaría con aquel dulce y contundente adelanto del padre Vincent. Si tenía suerte, quizá no fuera tan peligroso como parecía.

Ja.

¿A quién pretendo engañar?

Me metí el dinero en el bolsillo. Luego cogí las fotos.

—¿Cómo puedo localizarlo?

El padre Vincent apuntó un número de teléfono en una hoja con el logo del motel y me lo pasó.

—Tome. Puede llamarme a ese número mientras estoy en la ciudad.

—Muy bien. No le prometo nada concreto, pero veré lo que puedo hacer.

El padre Vincent se puso en pie y dijo:

—Gracias, señor Dresden. El padre Forthill habla muy bien de usted.

—Es un buen tipo —dije y me levanté.

—Si me perdona, tengo otros asuntos que atender.

—Ya imagino. Aquí tiene mi tarjeta por si necesita ponerse en contacto conmigo.

Le di la tarjeta de visita, le estreché la mano y me marché. Al llegar al Escarabajo, cogí la escopeta, saqué el cartucho de la recámara, le puse el seguro y la volví a guardar en el maletero. Después cogí un palo de madera algo más largo que mi antebrazo adornado con runas y sellos tallados. Me servía para dirigir mi magia con mayor precisión. Arrojé la chaqueta de mi traje sobre la escopeta y saqué del bolsillo un brazalete de plata del que colgaban una docena de pequeños escudos de estilo medieval. Me lo coloqué en el brazo izquierdo, me puse un anillo de plata en la otra mano y después cogí mi varita mágica y la dejé en el asiento del acompañante al entrar en el coche.

Con el nuevo caso, el asesino a sueldo y el desafío de Ortega, quería estar seguro de que no me volvían a pillar con la guardia baja.

Me fui a casa en el Escarabajo, a mi apartamento. Tengo alquilado un sótano en un viejo y destartalado edificio reconvertido en casa de vecindad. Cuando por fin llegué era pasada la medianoche y el aire de finales de febrero estaba salteado con ocasionales copos de nieve húmeda que se derretía nada más tocar el suelo. El subidón de adrenalina causado por lo que ocurrió en *El programa de Larry Fowler* y luego por el ataque de los matones profesionales se había disipado, dejándome dolorido, cansado y preocupado. Salí del coche con la idea de ir directo a la cama y levantarme temprano al día siguiente para trabajar en el caso de Vincent.

Una gélida y repentina estela de energía y un par de ruidos sordos procedentes de las escaleras que conducían a mi apartamento me hicieron cambiar de idea.

Saqué mi varita mágica y preparé el brazalete escudo que llevaba en la muñeca izquierda, pero antes de poner un pie sobre las escaleras, un par de siluetas las subieron volando y aterrizaron pesadamente sobre la gravilla

medio congelada del aparcamiento. Lucharon y rodaron hasta que una de las dos figuras, la que se quedó tumbada boca arriba, alzó una pierna y empujó a la que estaba encima.

La segunda figura recorrió unos seis metros en el aire, aterrizó sobre la gravilla con un sonido sordo y una exhalación. Después se incorporó y salió corriendo.

Con el escudo listo, di un paso adelante antes de que el intruso que quedaba pudiera levantarse. Canalicé mi voluntad a través de la varita y las runas que la cubrían se encendieron con una luz roja. El fuego se concentró en el extremo, refulgente como una bengala, y avancé hacia el intruso mientras le apuntaba con ella:

—Como te muevas te frío.

La luz roja iluminó a una mujer.

Iba vestida con vaqueros, una chaqueta de cuero negra, una camiseta blanca y guantes. Su pelo era negro como la noche y lo llevaba recogido en una cola de caballo. Sus ojos oscuros y rasgados me fulminaron tras las largas pestañas. Su hermoso rostro tenía una expresión de comedia divertida.

Mi corazón me aporreó el pecho con una mezcla de dolor y emoción.

—Bueno —dijo Susan fijando su atención en mí en lugar de en la varita—, sé que donde hubo fuego quedan brasas, pero esto es ridículo.